

“Se acabó la pesadilla”: la revista *Redacción* y el golpe de Estado de 1976(1)

"The nightmare is over" Magazine Writing and the 1976 coup

Marcelo Borrelli

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas; Universidad de Buenos Aires;
Argentina.
marcebor@yahoo.com

Jorge Saborido

Universidad de Buenos Aires; Universidad Nacional de La Pampa; Argentina.
jorge_saborido@hotmail.com

Resumen

Este artículo analiza el discurso editorial de la revista *Redacción* en los meses previos al golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, ante el marco de desestabilización del gobierno de Isabel Perón y a la perspectiva de una nueva intervención para la toma del poder estatal por parte de las Fuerzas Armadas Argentinas. Asimismo, se estudian los posicionamientos de la revista una vez concretado el golpe y ante los primeros pasos de la dictadura militar.

De fuerte tono crítico hacia la administración peronista, *Redacción* interpretará al golpe contra el gobierno de Isabel Perón como un paso necesario para resolver la crisis nacional que desde su punto de vista sufría el país debido al “vacío político” generado por la propia administración peronista.

Palabras claves: revista *Redacción*; golpe de Estado de 1976; Isabel Perón; prensa argentina.

Abstract

This article analyzes the discourse of the journal *Redacción* in the months before the coup of March 24, 1976, to the context of destabilizing the government of Isabel Perón and the prospect of a new intervention for the seizure of state power by of the Argentine Armed Forces. Also, the positioning of the magazine are studied once finalized before the coup and the first steps of the military dictatorship.

Strong critical tone towards the Peronist administration, *Redacción* construed the coup against the government of Isabel Perón as necessary to resolve the national crisis that from his point of view the country was suffering due to "political vacuum" generated by the Peronist administration itself step.

Keywords: *Redaccion* Magazine; 1976 coup; Isabel Peron; Argentina press.



“(…) al gobierno de María Estela Martínez no lo derribaron las Fuerzas Armadas, se inmoló solo, por su exclusiva cuenta, al compás de su irresponsabilidad sistemática y militante”(2)

Introducción

Este artículo se propone analizar el discurso editorial de la revista *Redacción* desde los meses posteriores al “Rodrigazo” de junio de 1975 y hasta el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Como es conocido, la crisis política que desencadenó el plan de ajuste del ministro de Economía Celestino Rodrigo marcó el fin de una etapa del gobierno peronista de Isabel Perón y abrió un nuevo periodo político signado por la impotencia política del oficialismo, la declinación absoluta de la autoridad del Estado y la exacerbación de una situación de crisis política general, potenciada por el agravamiento de la violencia política y la vigorización del rol de las Fuerzas Armadas (FF.AA) como posible eje para una “resolución” de la crisis nacional. Visto en forma retrospectiva, el “Rodrigazo” inició la agonía del gobierno peronista;(3) a partir de ese momento, y hasta el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, se intensificó la sensación que la sociedad estaba desgobernada.(4)

Es en ese marco histórico que este trabajo se propone indagar la posición editorial de la revista política *Redacción*, entendiendo a la sección Editorial como la forma de periodismo de opinión e interpretación a través de la cual se expresa el punto de vista personal de quien dirige un diario, o de la empresa a través de un equipo de editorialistas especializados en los distintos campos de la realidad.(5) Particularmente, se analizará la caracterización que hizo *Redacción* de la crisis que estaba viviendo el país y del desempeño del peronismo gobernante, la adjudicación de las responsabilidades políticas - y las eventuales omisiones en ese sentido-, la categorización positiva o negativa de los diversos actores políticos y su posicionamiento frente a la posibilidad de un golpe militar.

Redacción: “La revista de actualidad mejor informada”

Redacción nació en marzo de 1973 bajo la dirección del periodista Hugo Gambini, quien en ese entonces ya tenía una importante trayectoria en medios escritos.(6) Según Gambini la perspectiva del retorno del peronismo al poder en las elecciones de marzo de 1973 fue clave para el impulso inicial de la revista: “Se venía el peronismo al gobierno y yo no soy peronista, y dije ‘hagamos una revista crítica’, porque el peronismo despierta siempre una especie de adhesión muy ‘alcahueta’, y bueno, ‘hagámosle la contra’, porque no va a ver una publicación que lo haga. Excepto *La Prensa*, que nunca la pudieron comprar, había una especie de vocación oficialista en el periodismo. Todos se sentían peronistas y yo no. Eso hacía que la revista se vendiera”.(7) Su impronta personal estaba marcada en la propia superficie redaccional de la revista; en la parte superior de la tapa se

informaba que el director era Gambini, el editorial de cada edición llevaba su firma y estaba acompañado por su fotografía. Gambini se inspiró para su nueva revista en algunos aspectos de su par estadounidense *Ramparts*, una publicación de crítica política y literaria publicada desde 1962 a 1975.(8) Uno de los rasgos distintivos desde el punto de vista gráfico fue que *Redacción* copió de la revista estadounidense la forma de la “R” en su logo, que estiraba una de sus patas sobre la letra “a” que le seguía. En su primer número *Redacción* se presentó con el *slogan* “La revista de actualidad mejor informada” y lo mantuvo hasta julio de 1979; a partir de agosto de ese año se presentaría como “La revista líder de opinión”. Según indicara en esa primer edición, su propósito era “ofrecer a los lectores el material más útil y objetivo sobre la actualidad nacional”, que estaría elaborado por un “equipo de profesionales”.(9) Su publicación era mensual (aparecía cerca de mediados de mes) y la mayoría de sus notas eran escritas por colaboradores externos, ya que no tenía la envergadura económica para sostener una estructura de empleados fijos. Su extensión promediaba las 68 páginas y su tirada en la década del setenta osciló entre 15 y 30 mil ejemplares.(10) A fines de los años noventa *Redacción* pasó a llamarse *Redacción Económica*, ya que según el director como revista exclusivamente política ya no se vendía lo suficiente. Fue publicada hasta el año 2003.

Con respecto a sus lectores, la revista estaba destinada a sectores profesionales, empresarios y dirigentes en general. Según Gambini: “Apuntábamos a la clase media. Son los compradores de libros y son los que compran este tipo de publicación”.(11) Se presentaba como un exponente del periodismo de interpretación, destinada a un lector informado a través de otros medios pero que necesitaba comprender más profundamente los temas de actualidad nacional, como también acceder a información del ámbito cultural, histórico y económico.

La revista no estaba separada por secciones pero abarcaba diversos temas. En el periodo de estudio la tapa y la nota principal solían estar destinadas a la actualidad política, mientras que en el resto de su edición se trataban cuestiones sobre economía, actualidad sindical e internacional; en el campo cultural se informaba sobre libros, cine y televisión, también podían hallarse notas sobre filosofía política o historia de las ideas, de interés general, deportes (desde una impronta más sociológica), medios de comunicación y periodismo.

La redacción fija de la revista estaba compuesta por Gambini, su esposa, Emiliana López Saavedra, y unos pocos periodistas. Los colaboradores externos que escribían la mayoría de los artículos tenían un perfil académico o eran periodistas profesionales, algunos de los cuales habían participado de las experiencias renovadoras para el periodismo argentino que habían sido las revistas *Primera Plana* y *Confirmado* y el diario *La Opinión*, emprendimientos fundados por Jacobo Timerman. Durante la segunda parte de 1975 y primera de 1976 figuran en su *staff* directivo: Emiliana López Saavedra

(Subdirectora y luego Directora Ejecutiva, quien inició su trayectoria en el periodismo en *Redacción*); Carlos Russo (Jefe de Redacción, quien había trabajado en *Primera Plana*); Jorge Korembli (Secretario de Redacción y Jefe de Redacción desde enero de 1976 hasta noviembre de 1978, quien tenía amplia trayectoria en el periodismo); Analía Roffo (Coordinadora General y Secretaria de Redacción a partir de enero de 1976, quien inició su carrera periodística en *Redacción*). Algunos colaboradores especiales del periodo fueron: Alberto Amato (había iniciado su carrera en la revista *Antena* en 1973), Jorge L. García Venturini (profesor que solía escribir sobre filosofía e historia de las ideas, publicaba también en el diario *La Prensa*), Andrew Graham Yooll (periodista del diario *The Buenos Aires Herald*), Héctor Grossi (periodista de espectáculos que participó de revistas como *Análisis*, *Primera Plana*, *Siete Días*, y *Somos*), Pablo Mendelovich (había iniciado su carrera en un puesto menor en *La Opinión* y será parte de la redacción fija de la revista), José Luis Romero (prestigioso y reconocido historiador y ensayista), Kive Staif (periodista cultural en *Confirmado*, los diarios *Correo de la tarde* y *La Opinión*, entre otros), Oscar Troncoso (escritor y periodista de adscripción al socialismo, formó parte de las redacciones de *Revista Socialista*, *Liberalis*, *Sagitario*, *Futuro*, *La Vanguardia*, *Panorama*, *Cuarto Poder*, *La Razón* y *Siete Días*), Osiris Troiani (experto en política internacional, había participado en *Primera Plana* y *La Opinión*), entre otros.

Con respecto a las publicidades, en esta etapa se encuentran avisos vinculados a diferentes servicios (abogados, estudios jurídicos, médicos, inmobiliarias, restaurantes, farmacias, hoteles, etc.), reconocidas empresas nacionales e internacionales como Acindar, Fate, Fiat, Compañía Aseguradora Argentina, Mercedes Benz, Ford, AeroPerú, Sasetru, Techint, IBM, Compañía Italo Argentina de Electricidad, Papel Prensa; bancos como el Banco de la Nación Argentina, Banco Español, Banco de la Provincia de Buenos Aires, Banco de Avellaneda, Banco de Intercambio Regional; empresas u organismos estatales como Flota Fluvial del Estado Argentino, Entel (Empresa nacional de telecomunicaciones), Gas del Estado, Secretaria de Vivienda y Urbanismo, otros medios de prensa como *La Prensa Económica*, *El Economista*, *El Cronista*, *Mente Agil* y editoriales como Siglo XXI editores, Editorial Abril y Editorial Granica.

El gran culpable: el peronismo en el poder

El recorrido de números analizados se abre con la edición de julio de 1975, que en su tapa hará eje en lo que será una invariante de la tematización de la revista hasta marzo de 1976: "*La crisis peronista y sus entretelones*".(12) *Redacción* se hacía eco de la crisis que había dejado la férrea oposición del sindicalismo peronista al plan ortodoxo lanzado a inicios de junio por Rodrigo, que incluyó una megadevaluación, aumento de tarifas y combustibles y una política restrictiva del gasto público.(13) Frente al intento de Isabel de

no convalidar aumentos salariales por arriba del promedio del ajuste de precios y tarifas anunciado por su ministro de Economía, el sindicalismo peronista declaró a inicios de julio el primer paro general contra un gobierno peronista, conflicto que finalizó con la homologación por parte de Isabel de los acuerdos salariales según los deseos de los gremialistas, la renuncia de Rodrigo y de su mentor, el ministro de Bienestar social, secretario privado de la presidenta y hasta entonces poderoso José López Rega.(14)

La revista trataba en su nota central *“La crisis interna del peronismo”*(15) las vicisitudes del alejamiento del poder de López Rega y el enfrentamiento del gremialismo peronista y de algunos diputados de ese partido con la presidenta, quienes habían desafiado así el “verticalismo”, es decir, el alineamiento sin matices de un sector del peronismo con la figura presidencial. En su copete resumía: *“El partido gobernante no necesitó que la oposición lo horudara. Solo, sin más auxilio que las discrepancias surgidas de su propio seno, logró su naufragio político”*. Esta idea de autodestrucción y de impericia del peronismo -que por su rol de gobierno afectaba a todo el país- será un eje editorial que, como veremos, se irá consolidando a medida que las variables clave de la realidad nacional vayan tomando un cariz cada vez más dramático. Por su parte, el director reflexionaba sobre el justicialismo en el editorial *“El futuro del Justicialismo”*.(16) Allí avizoraba con esperanza que el peronismo como había sido conocido hasta ese momento empezaba a *“desaparecer”*. La rebelión de los legisladores peronistas que habían elegido un presidente del Senado, Italo Luder, en contra de la voluntad presidencial y la sanción de la nueva Ley de Acefalía,(17) eran el punto de partida para una *“nueva mentalidad”* dentro del justicialismo, un aporte a la *“democracia”* y a las *“instituciones republicanas”*, ya que tales decisiones implicaban la *“ruptura de la verticalidad”* (*“esa malformación política que nada tiene que ver con el espíritu libre de los argentinos”*). Luego de hacer hincapié en que eran los errores del propio gobierno los que habían llevado al *“estado de desastre nacional”* que se estaba viviendo, Gambini dejaba cierto margen para el optimismo al plantear que el justicialismo -*“no el Gobierno”*- había decidido *“salvar las instituciones para evitar que todo se hunda en el mismo barco”*, porque sabía que solo podía sobrevivir si trastocaba la *“absurda verticalidad por una higiénica horizontalidad”*.(18)

En el número de agosto, lejos de esperanzarse con esa exigua posibilidad de cambios que entreveía, la revista abundaba en términos dramáticos para describir la situación política, enfatizando en otro de los aspectos que serán particularmente destacados: las sospechas de corrupción sobre la presidenta y otros funcionarios de gobierno. El titular de tapa era catastrófico: *“La situación toca fondo”*, lanzaba.(19) En su editorial, Gambini se preocupaba por los efectos que la crisis del peronismo tenía sobre la República.(20) Allí apelaba a términos grandilocuentes como *“desastre”* y *“tremenda crisis política, social y económica como no se recuerda otra en la Historia Argentina”*, y mostraba a un gobierno renuente a cambiar su rumbo, porfiado en recurrir a discursos evasivos

como cuando responsabilizaba a la *“antipatria, la sinarquía o el imperialismo de todos los males que nos agobian”*.(21)

La corrupción era el tema central de la edición de octubre de 1975. En su tapa la revista se preguntaba *“¿Qué hacemos con la corrupción?”*(22) y el editorial de Gambini discurría sobre *“La moral de los argentinos”*.(23) Pese a que para el director se vivía un cuadro de *“decadencia”* por el cual era *“difícil apelar a las reservas morales de la ciudadanía”*, los ciudadanos debían demandar explicaciones al poder allí donde había fundadas sospechas de corrupción.(24) Sin embargo, aseguraba que el *“fracaso”* del peronismo no era *“el fracaso del país”*, para concluir, con palabras tajantes:

“La Argentina no es una república de estafadores, es una república de estafados, que no es lo mismo.(...) Por eso conviene empezar por la recuperación moral, por el ejercicio pleno de la democracia -sin temores-, porque para eso están las instituciones: para usarlas. Somos un pueblo desmoralizado pero no atrofiado”.(25)

Para la revista uno de las máximas responsables de la debacle a la que estaba asistiendo el país era la presidenta de la Nación, y lo haría saber de forma explícita y sin circunloquios. Ya en su edición de agosto publicaba una imagen que ilustraba la nota principal *“La situación toca fondo”*, donde se observaba el sillón presidencial vacío en la cabecera de una mesa donde estaban sentados varios de los ministros de Isabel. El epígrafe decía: *“Simbolismo: El sillón presidencial vacío en las reuniones de Gabinete expresa con toda claridad la situación actual”*. (26) La idea de vacío de poder presidencial será refrendada por Gambini en el editorial de la edición de septiembre, donde se ocupaba exclusivamente de la figura presidencial.(27) Allí repasaba varios acontecimientos en los que, según su visión, habían quedado claramente expuestas las contradicciones de Isabel y su carencia de poder para imponer decisiones, porque todo sucedía *“exactamente al revés de lo anunciado en su carácter de Presidente”*. (28) Ello bosquejaba una realidad *“bastante grave: nadie le cree”*, sentenciaba. Por más que insistiera en *“demostrar”* su autoridad, era inútil ya que no había sabido *“ejercerla”*. Su relato era crudo y directo, mostrando a una presidenta que hacía uso de los atributos formales del poder, pero carecía de legitimidad para ejercerlo. Así las cosas, el director aseguraba que Isabel no acertaba *“una”* y de poco servían los siete millones de votos que había sacado junto a Perón si *“todo el país le pide que se vaya de ‘vacaciones’ antes de que sea demasiado tarde”*. Y concluía afirmando que esa tardanza tendría costos, ya que, recordaba, los legisladores habían empezado a agitar el *“fantasma del juicio político”*.(29)

“El fracaso peronista” y el de la falsa democracia

La responsabilidad del peronismo en la crisis del país era señalada nuevamente de forma concluyente en el número de diciembre de 1975. Allí desde la tapa *Redacción* anunciaba su anuario con los siguientes titulares: “*El gran escándalo. El fracaso peronista*”,(30) revalidado por el editorial de Gambini que repetía el título “*El fracaso peronista*”.(31), en el que se dirigía en durísimos términos al peronismo, señalándolo como el responsable excluyente de la crisis del país y del fracaso democrático. La contundencia de sus palabras amerita una cita extensiva. Según el director en el año que finalizaba todo había sido “*negativo, aplastante*” y la imagen del país hacia el exterior era cada vez peor:

“porque nadie ignora los asesinatos, el vacío de poder, la inmoralidad administrativa y el derrumbe económico. Todo eso lo ha producido el peronismo en sólo dos años de Gobierno. No hay ya excusas valederas para culpar a otros, pues se trata de una realidad tan clara, tan visible, que solamente no la admite el que no quiere (...)”

La Argentina estaba presidida por:

*“la ineptitud, la inmoralidad y la inseguridad. Quien crea que esto es la democracia está totalmente confundido, porque la democracia es un sistema político sustentado en el funcionamiento de las instituciones representativas y aquí esas instituciones no funcionan. Han sido reemplazadas por un enjambre de equívocos, donde en la práctica (...) tiene más poder de decisión un secretario privado puesto a dedo que todos los legisladores electos en el país. “La democracia ha sido desvirtuada y el país lanzado inconscientemente a la deriva por un grupo de impostores, dispuestos a la aventura personal antes que a la función pública (...). Ahora el país navega en las aguas del caos, y si el peronismo no logra amputar a tiempo sus **miembros enfermos** -enjuiciando y castigando debidamente a los responsables-, se expondrá a ser aplastado catastróficamente por el proceso. A todo desorden le sigue -inevitadamente- una restauración del orden, cualquier sea su signo. Si el peronismo no acierta ahora a imponer el suyo, **el final lo van a imponer otros**. Pero seguramente le será desfavorable.”(32) (el destacado es nuestro).*

Aunque el tono dramático y la acusación al peronismo eran excluyentes, Gambini sugería en estilo predictivo(33) que la única forma de evitar una interrupción externa del gobierno era si el justicialismo lograba marginar a la presidenta de la Nación y a sus seguidores (aunque no lo reconocía en estos términos sino que se deducía de su referencia a los “*miembros enfermos*”). Lo que se torna destacable en la argumentación es la idea que un derrocamiento del gobierno no implicaría un golpe contra la democracia, ya que ésta en realidad era una mera formalidad conducida por un grupo de estafadores que habían embaucado a sus votantes y aprovechado de su confianza para el encumbramiento personal.

Ahora bien, para *Redacción* junto al fracaso peronista se encontraba una oposición que no parecía estar a la altura de las circunstancias. En primera medida, esto quedaba claro cuando en sus editoriales Gambini no apelaba a los otros partidos como eventuales actores políticos que pudieran aportar una solución eficaz y perdurable a lo que se describía como una crisis terminal. Y, en segunda medida, en las mismas referencias que

hizo la revista sobre la oposición donde solo se observa una mirada crítica y desvalorizadora. Por ejemplo, el secretario de Redacción Jorge Korembli, en la nota dedicada a la política en el último número de 1975, confesaba: *“A esta altura no creo en casi nada. Aunque, eso sí, -debo ser ecuánime- no creo en el oficialismo, pero tampoco en la oposición”*.(34) En particular, sobre la Unión Cívica Radical (UCR), que era la primera minoría de la oposición, señalaba que al tener como fin en sí mismo a la institucionalización se *“moderan ataques y se postergan decisiones (el juicio político, por ejemplo) a despecho de sus propias bases. El gobierno quiere durar. La UCR quiere que dure en función de los próximos comicios (...)”*.(35)

El golpe (como posibilidad)

La primera vez que *Redacción* utilizó explícitamente la palabra “golpe” en las ediciones analizadas fue en su número de septiembre de 1975, cuando desde la tapa anunciaba *“La psicosis del golpe y sus protagonistas”*.(36) Pero lo hacía de una forma particular, no para adelantar lo que podría ocurrir en el país, sino para alertar sobre el artificio que utilizaba el gobierno frente a los problemas que surgían de la realidad diaria; básicamente, tremolar el temor al golpe para victimizarse y de esa forma solapar los problemas propios. La crónica relataba los avatares de la renuncia del en ese entonces jefe del Ejército, Alberto Numa Laplane, y el ascenso del nuevo jefe del arma Jorge Rafael Videla, en el marco de la crisis militar “Damasco-Laplane” que hemos mencionado y afectará duramente la imagen presidencial. Allí alertaba que la *“psicosis golpista”* había sido utilizada por el gobierno en esa ocasión, y eso se vinculaba a que *“Cada vez que las cosas no resultan o se llega, por impericia, a una situación límite (...) alguien saca a relucir el peligro del golpe”*.(37)

En la edición de octubre de 1975 la revista avanzaba un paso más al sugerir por primera vez la posibilidad de una interrupción del mandato de Isabel, aunque dejaba vacante qué actor político sería el protagonista de esa intervención. Al finalizar su nota central, dentro del subtítulo *“Una agorería”*, citaba las polémicas palabras del gobernador de la provincia de Buenos Aires, el metalúrgico Victorio Calabró -enfrentado a la presidenta y al “verticalismo”-, quien el 30 de septiembre había declarado a la prensa extranjera: *“Si seguimos así no llegamos a 1977”*. Para *Redacción* semejante sentencia obligaba a *“una pregunta inevitable”* más que sugestiva: *“¿Si seguimos así, hasta dónde llegaremos? ¿La contestará Victorio Calabró o alguien le ganará de mano?”*.(38)

Al mes siguiente ese lugar vacante ya aparecía ocupado en la lógica discursiva de la revista. Según *Redacción*, la expulsión de Calabró del peronismo -que fue motivada justamente por sus provocativas declaraciones- y la posibilidad de intervenir la provincia de Buenos Aires, revelaban *“una estrategia de repliegue oficialista que ahondará más todavía*

su aislamiento. Sin incurrir en tremendismos (...) es evidente que la situación se encamina hacia un final de inciertas y confusas características".(39) Para dar a entender de qué se trataba ese final, *Redacción* citaba las palabras del obispo de Santa Fe, monseñor Vicente Zaspé, quien había afirmado en una homilía: "Quizá sea el momento de reiterar la gesta de Abraham y los diez justos. (...) ¿Habrá diez justos argentinos que se ofrezcan por los millones que sufren, por los miles de muertos, los cientos que siguen matando?", y a párrafo seguido la revista recordaba que en un encuentro de coroneles ofrecido en el consulado argentino en Nueva York, ante un brindis de un funcionario "para el pronto restablecimiento de la señora Presidente", el general Rodolfo Mujica (director de la Escuela de Guerra) había respondido: 'El Ejército sólo brinda por la patria'".(40)

A diferencia del número anterior, la anécdota narrada, la cita de las palabras de Zaspé y las de la propia revista en relación al "final de inciertas y confusas características", avanzaba elocuentemente sobre la posibilidad concreta del golpe militar, aunque por ahora las FF.AA se presentaban apelando a una sinécdoque cuando se refería a la figura del general.

Por otra parte, vale destacar la referencia a terceros para dar a entender esta eventual salida a la crisis política, recurso que de alguna forma amenguaba la responsabilidad de asegurar explícitamente una posibilidad de este tipo, a la par que la sugerencia era avalada por terceros que representaban dos instituciones clave: la Iglesia y las FF.AA (que, además, aparecían implícitamente aliadas en el mismo objetivo: los "diez justos argentinos" que solicitaba el obispo para salvar al país parecían ofrecerse con voluntad desde esas FF.AA que solo brindaban "por la patria").

En enero de 1976, luego de la aceleración de los tiempos políticos que significaron la rebelión contra el gobierno del brigadier Jesús Orlando Capellini en la Fuerza Área (que se extendió del 18 al 23 de diciembre) y el frustrado intento de copamiento de Monte Chingolo por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) (el 23 de diciembre), *Redacción* profundizaba la utilización del tono dramático.(41) Desde hacía varias semanas los rumores de golpe estaban a la orden del día. En ese contexto, la nota principal se titulaba, en tono *predictivo*, "Los duros presagios para 1976", y en el copete se aseguraba que el país entraba en la "instancia definitiva del proceso".(42) En la nota repasaba el agravamiento de la situación nacional y ante la evidencia que Isabel no renunciaría ni se tomaría licencia, y ya casi descartada la posibilidad del juicio político, hacía suyas las expresiones del vicario castrense, monseñor Adolfo Tórtolo, quien luego de la insurrección de Capellini sostenía: "así no se puede seguir". La nota finalizaba con el mismo tono *predictivo* de su titular: "El tiempo -que como decía Martín Fierro, 'es presencia de lo que está por llegar'- dirá, acaso pronto, cuáles serán (gusten o no) los únicos caminos de solución que evidentemente hoy nadie encuentra".(43)

El golpe (como realidad)

En febrero de 1976 el editorial firmado por Gambini hacía explícito aquello que se fue prefigurando en el discurso de *Redacción* en los meses previos, en una suerte de espiralización de sus apreciaciones políticas: “*El golpe de Estado*”, se titulaba.(44) En ese momento la situación política transitaba vertiginosamente su curso desestabilizador, luego que el 16 de febrero los empresarios reunidos en la liberal Asamblea Permanente de Entidades Gremiales Empresarias (APEGE) realizaran un exitoso *lock-out* contra el gobierno. Por su parte, Isabel había designado al sexto ministro de Economía desde 1973, el ortodoxo Eugenio Mondelli, quien a inicios de marzo intentará llevar adelante otro ajuste de cuño ortodoxo combinado con prácticas intervencionistas, luego que el intento de gradualismo y concertación de su antecesor, Antonio Cafiero, fracasara (Rougier y Fiszbein, 2006: 106-8).

En su editorial el director remitía nuevamente a declaraciones de terceros, las de Calabró y del dirigente Elías Sapag, que ponían el énfasis en la idea que “*inevitablemente habrá un golpe de Estado*” si el gobierno continuaba por la misma senda. Presentada así a través de la voz de terceros autorizados, la idea de “inevitabilidad” no era una mera elucubración de su director y le permitía reforzar la posición enunciativa de *Redacción* desde la cual solo “presentaba” los hechos tal cual estaban ocurriendo. Para Gambini la suposición de ambos era correcta “*porque nadie ignora -salvo la señora Presidente y sus alrededores- que se han ido agotando ya todas las instancias, todos los plazos de tolerancia a la espera de una rectificación que no se produjo y que, evidentemente, no se producirá*”. En ese contexto, “*el riesgo de una caída abrupta del actual Gobierno es perfectamente visible*”. Por su parte, los “*oficiales de las tres armas*” seguían con atención el proceso de “*descomposición nacional*”, ya no por “*vocación política*”, sino por un “*natural instinto de conservación*” y por su preocupación ante la posibilidad que “*las aguas del caos los arrastren también a ellos*”. Para las fuerzas castrenses lo que estaba en juego era “*la supervivencia de la Nación, frente a un claro peligro de disgregación nacional*” en el marco de un “*cuerpo gravemente enfermo, el de la República*”. Según el director, nadie creía “*sinceramente*” en las elecciones que se habían adelantado para diciembre de 1976 - “*ni en el Gobierno, ni en la Oposición, ni en el Parlamento*”-; así las cosas, solo quedaba “*una alternativa para detener el golpe: que el Parlamento demande la renuncia presidencial y elija un gobernante con las condiciones mínimas para presidir un país civilizado. Pero si las instituciones no sirven para salvar el destino de la República, entonces la República tratará de salvarse cambiando las instituciones*”(El destacado es nuestro).

Por una parte, destáquese la construcción del “aporte desinteresado” de las FF.AA a la Nación -casi “obligadas” a pasar de un supuesto rol pasivo a otro activo- y de su papel como último recurso ante la posibilidad de la “*disgregación*”. Esta construcción luego

aparecerá cristalizada al momento del golpe tras la idea de que solo habían llenado el “vacío de poder” de una forma casi “natural” y lógica. Sin duda, la imagen de unas FF.AA forzadas por la situación a tomar el poder -hasta en contra de su voluntad política- tenía una perfecta coherencia y se complementaba con la argumentación editorial de la revista que señalaba al propio gobierno peronista como el principal responsable de la crítica situación del país, en tanto en esa lógica argumentativa no aparecían otros actores impulsando el deterioro de la administración peronista. Por otra parte, pese a la reivindicación en abstracto que hacía *Redacción* de las instituciones, según el editorial se podía prescindir de su lógica de funcionamiento si los intereses más trascendentes de la República estaban en riesgo por el mal uso que de ellas hacían los hombres de gobierno.

La edición de marzo de 1976, publicada antes del golpe del 24, presentaba por primera vez a los militares como protagonistas exclusivos de la tapa, enlazándolos directamente con el futuro del país al afirmar: “*Qué harán ahora los militares*”.(45) La construcción de un clima de “cambios inminentes” caracterizaba las observaciones políticas de *Redacción*.(46) Tal vez esa sensación llevó al director a reflexionar sobre aquello que, hacía tiempo, se iba apagando: “*La democracia*”.(47) Allí rememoraba el editorial de febrero donde había mencionado que solo existía una “*alternativa para detener la intervención militar*”, pero ni el Parlamento había tenido la fuerza para producir ese “*hecho histórico*”, ni el presidente del Senado (Luder) la “*dignidad*” de cumplir su promesa para convocar a la Asamblea Legislativa (que podría declarar inhábil a la presidenta y propiciar su remoción). Se estaba entonces frente a “*la inoperancia total de las instituciones, por culpa de quienes han asumido una representación meramente formal de ellas*”. Las consecuencias de esta “*ineptitud*” era un estado de “*frustración nacional*”, en el cual se volvía a escuchar la frase “*No hay caso, en este país la democracia no funciona...*”. Según Gambini, era lógico que no funcionara cuando sus representantes “*no crean realmente en ella*” (empezando por el peronismo, que estaba sometido a la “*verticalidad*”). Solo quedaba en pie en la Argentina la “*formalidad*” y las “*apariencias*” democráticas. Era natural entonces que esa democracia corriera el riesgo de ser “*sustituida fácilmente sin que nadie se resista. O peor aún: sin que a nadie le importe*”. En tono *predictivo* y tenuemente *admonitorio*,(48) en lo que parecía ser un mensaje implícito dirigido al actor militar, afirmaba que eso era “*muy grave*” a menos que los “*protagonistas del cambio*” que se avecinaba estuvieran “*imbuidos de una mística democrática*” que los llevara a “*pulir*” sus imperfecciones antes que a “*soñar con ‘revoluciones’ impracticables*”. En este nuevo escenario, como en el siglo XIX, había que “*sentar las bases de la organización nacional más moderna, pero que luego nos permita vivir y desarrollarnos en democracia*”. El hálito refundacional de esta idea era reforzado al recordar que “*nos va a tocar a nosotros (...) la segunda generación del 80, devolverle al país su seguridad, su riqueza, su prestigio y también su democracia orgánica*”. Lo importante era que los

“principales protagonistas” comprendan el proceso, la *“Historia”* les brindaría su *“reconocimiento”* si es que *“han sabido -a pesar de sus errores- recuperar los valores perdurables de la República.”*(49).

Esta suerte de epitafio para la democracia iniciada en 1973, y de tenue advertencia hacia el actor militar, ponía el acento en un elemento central de la cultura política argentina de la época: la ausencia de *“fe democrática”*.(50) Pero lo interesante es destacar que este componente explicativo de indudable relevancia para comprender la historia argentina de ese periodo se volvía un elemento justificativo para una nueva intervención militar que interrumpiera los plazos institucionales. Era tan aceptada la idea de una imposibilidad casi genética de correcto funcionamiento de las instituciones republicanas argentinas, que su transformación *“desde fuera”* del espectro político tradicional era admitida resignadamente como una decantación lógica del fracaso. A la debilidad institucional y la carencia de fe democrática se le interponía como respuesta instrumental mayor debilidad institucional y profundización del desprestigio democrático (aunque fuera en nombre, desde ya, de fines contrarios).

La idea de *“cambios inminentes”* tenía su más clara expresión en la nota principal, donde se daba por descontado el golpe de Estado.(51) Allí se sentenciaba que el gobierno peronista estaba *“agotado”* y mencionaba abiertamente las versiones sobre el eventual golpe -que, ironizaba, *“solo son conocidas por 24 millones de personas”*-, luego del cual las FF.AA asumirían la responsabilidad de *“reordenar al país’ y actuar como ‘última reserva frente al caos”*. Más aún, se mencionaban eventuales etapas del gobierno militar, que se habían conocido listas de probables ministros, porcentajes de distribución castrense en el proyectado gabinete nacional y consultas a hombres de los sectores económicos para elaborar un futuro plan que algunos calificaban como *“liberal-desarrollista”*. Hasta refería a las versiones que desde la segunda quincena de febrero recorrían los círculos políticos sobre la *“famosa ‘fecha del golpe”*, siendo el 27 de febrero el primer rumor por lo cual se escuchaba por esos días la frase *“no llegan a marzo”*. Según *Redacción*, todas las fuentes coincidían que los militares no se proponían tomar el poder para desarrollar su *“vocación política”*, sino que solo pensaban ocupar el *“notorio vacío de poder que ha producido el peronismo”*, advertidos por el peligro de la guerrilla y el *“disloque económico”*, a lo que se sumaba la corrupción *“jamás”* vista. De allí que, como lo venía sosteniendo, era *“lógico admitir que el propio Gobierno ha producido las condiciones mínimas para una inevitable intervención militar”*.(52)

La tapa de la edición de abril, luego del golpe y de los primeros pasos del nuevo gobierno militar, no ensalzaba en sí misma la decisión castrense, que como se ha dicho en todo caso aparecía justificaba desde la lógica de la *“inevitabilidad”* por el fracaso peronista. El acento, en cambio, estaba puesto en las difíciles condiciones que debería afrontar el nuevo gobierno. El copete del titular de tapa rezaba:

“Después de largos años de facilismo político y demagogia irresponsable, el país despierta a una dura realidad. El vacío político tuvo que ser llenado, premiosamente, por las FF.AA. La economía tendrá que ser recompuesta, con más sacrificios que ilusiones, por todos los sectores”.(53)

El golpe había encontrado a Gambini en viaje por Europa desde el 16 de marzo para profundizar su conocimiento sobre el proceso de reconstrucción europea luego de la Segunda Guerra Mundial. Con el gobierno peronista derrocado, el director se permitía ser aún más directo en su opinión:

“Cuando salí de Buenos Aires (...) dejé atrás un país sumergido en el caos y la desorientación, desesperado por zafarse de un gobierno inepto y rapaz. Me iba con la esperanza de que a mi retorno (...) los delincuentes ya estuvieran en el lugar que les correspondía y no siguieran apoltronados en los despachos oficiales, usufructuando los recovecos de una democracia escuálida”.

Su profunda aversión al gobierno saliente era remarcada al comentar la respuesta que le había dado al conserje español del hotel de Munich, donde estaba alojado el 24 de marzo, cuando le informó sobre el “cambio de gobierno” en la Argentina: *“Bueno, se acabó la pesadilla...”*, le había respondido.(54)

En su editorial, sorprendentemente, no se encargaba de analizar la nueva situación política nacional, sino que describía con admiración el funcionamiento de las instituciones, los partidos políticos, los medios y ciertas costumbres europeas que permitían entender el por qué de su reconstrucción (a diferencia de sus editoriales anteriores, que ocupaban una página, en esta ocasión se extendía a cinco páginas). De todas formas, al destacar el funcionamiento organizado, moderno y exitoso de las instituciones y la sociedad europeas aprovechaba para dar su opinión pesimista sobre la realidad nacional al mostrar comparativamente los inconvenientes de la institucionalidad, la democracia y cierta mentalidad argentina, atravesada esta última por el facilismo, la holgazanería o la propensión a creer en soluciones políticas mágicas.

Conclusiones

Del análisis realizado pueden extraerse las siguientes conclusiones:

-Si bien *Redacción* no mostró una abierta y expresa apología a favor de la intervención militar, sí hizo uso de expresiones particularmente dramáticas o catastrofistas para describir la situación nacional, en algunos casos apelando a títulos grandilocuentes que legitimaron la sensación de “cambios inminentes” y de desestabilización política general, apoyando el argumento que en los últimos meses de 1975 y principios de 1976 indicaba

que “no se podía seguir así”. En esta línea, la intervención militar se fue justificando como una consecuencia lógica e inevitable del fracaso absoluto del peronismo en el poder, que fue señalado como el responsable exclusivo del derrumbe político y económico del proceso abierto en 1973 y a quien la revista interpeló directamente por esta causa. Isabel Perón fue indicada como una de las principales culpables de la crisis que vivió el país, descrita como una presidenta contradictoria, sin autoridad efectiva, encerrada en un círculo áulico (el “entorno”, según la fraseología de aquellos días) conformado por funcionarios venales e inescrupulosos, y porfiada en sostener el poder por el poder mismo desligándose de los perjuicios que pudiera ocasionársele a la Nación, en medio de una agresiva disputa interna en el peronismo que obstaculizaba la gestión eficiente de la administración gubernamental.

En esta adjudicación de responsabilidades, la intervención militar también apareció justificada por la actitud pasiva u inoperante de la oposición política y del Parlamento, que desde esta óptica no supieron o no quisieron ofrecer una solución alternativa y confiable al gobierno de Isabel Perón que pudiera evitar el golpe. Aquí debe señalarse que *Redacción* por momentos indicó a estos actores como si tuvieran la capacidad para evitar el golpe de Estado y señaló que no lo habían ejercido por diversos motivos, argumento que ocultaba que las Fuerzas Armadas estaban preparándose activamente para asumir el poder y sobrevalorando las posibilidades reales de estos actores políticos para darle un curso diferente a los acontecimientos (cuestión que seguramente no debía ser desconocida por la revista, pero al menos desde su construcción discursiva no aparecía claramente explicitado, dando a entender entonces que la responsabilidad del fracaso recaía en la ineficiencia de estos actores tradicionales de la república).

-Desde un punto de vista enunciativo, *Redacción* eligió ubicarse en el tradicional rol liberal de los medios en tanto en reiteradas oportunidades -que por motivos de espacio no pudieron ser detalladamente analizadas en este trabajo- explicitó que no hacía más que “mostrar” “objetivamente” los hechos tal cual estaban ocurriendo -la remisión al discurso de terceros formaba parte de esa posición enunciativa-, hechos que enfatizaban la inocultable impericia y negligencia oficial. Pero a la vez la revista lo hizo solapando u omitiendo datos que podían dar cuenta de la responsabilidad que otros actores políticos de peso de la realidad nacional estaban teniendo en la deslegitimación del gobierno peronista o en la búsqueda de su derrocamiento. En este sentido, fue evidente la omisión deliberada del rol activo que los militares tuvieron en esos propósitos, descritos como actores casi “involuntarios” que se estaban viendo “obligados” a intervenir frente al peligro de la “disgregación nacional”. En efecto, los militares aparecieron en la tapa por primera vez como agentes activos de cambios en marzo de 1976, cuando ya además la revista daba por hecho el golpe de Estado, como la mayoría de los sectores de la vida nacional.

-Con una mirada retrospectiva, teniendo en cuenta el hincapié que desde la democracia post dictatorial se puso en la cuestión de la “violencia” como elemento explicativo -o justificativo, según el sector ideológico que se trate- del golpe de Estado, debe resaltarse que para *Redacción* la cuestión no tuvo una centralidad exclusiva; fue indicado como un motivo relevante de desestabilización y profundización de la crisis pero estaba articulado dentro del marco más amplio del desmanejo peronista en el poder y de las flaquezas de la institucionalidad democrática argentina.

-Sobre esto último, otro punto relevante fue el hincapié que hizo la revista en las falencias de la cultura política argentina que tenía una concepción instrumental de la democracia y la legalidad, subsumidas ambas a los intereses partidarios o facciosos de quien detentara o aspirara a detentar el poder construyendo una democracia “formal” u “aparente” que era un remedo falaz de la “verdadera democracia” (como se ha analizado, para la revista el peronismo era el ejemplo más evidente de este uso instrumental). Pese a que *Redacción* mostró una perspectiva crítica y aparecía preocupada por las falencias de una “mentalidad argentina” que no contribuía a consolidar las instituciones, y que hasta cierto punto parecía ser el motivo para merecer el “castigo” que implicaba el golpe, ya que el pueblo argentino se caracterizaba por su actitud “soberbia” en relación a sobrevalorar las capacidades del país o por aceptar “soluciones facilistas” que confundía “deseos con sus posibilidades” detrás de “mitos” que reemplazaban a los “datos”, todo ello exacerbado por la exaltación de un “nacionalismo folklórico y populista”(55). Sin embargo también puede considerarse su prédica como una expresión de esa cultura política en tanto, como lo dijera explícitamente, podía prescindirse de las instituciones si éstas -o el uso y abuso que de éstas hicieran un movimiento político como el peronista- ponían en peligro a la República. No solo para *Redacción*, sino para otros actores de peso en la vida nacional, era un argumento verosímil el que proponía que una intervención a fondo de las Fuerzas Armadas que corrigiera los problemas del sistema político argentino y ciertas costumbres de su sociedad podía reencauzar definitivamente el país hacia una democracia “fuerte” y “madura”. Desde esta concepción un golpe en contra de una democracia que en la realidad no funcionaba como tal estaba más que justificado, tanto porque no hacía más que sacar del poder a unos funcionarios inescrupulosos que se aprovechaban de las instituciones, como porque no atentaba en definitiva contra el sistema democrático, sino que era una intervención que tenía como fin “salvarlo” al propiciar a futuro su ejercicio real. Desde ya, los abusos de poder del gobierno de Isabel y su nulo apego a ciertas normas básicas del funcionamiento democrático dieron fuerza a estas argumentaciones, que se pretendían fundar así en datos concretos de la realidad política. Lo cierto es que, por este

y otros motivos, lograron consolidarse como una variante justificativa del golpe de Estado de 1976, como hemos detectado en el caso de la revista *Redacción*.

Notas

(1) La elaboración de este artículo ha sido facilitada por el proyecto PICT 2012-0284 de ANPCYT (Argentina) dirigido por el primer autor, que tiene como objetivo el estudio de diversas revistas políticas publicadas durante el periodo 1976-1983. Una versión preliminar fue presentada por el primer autor en las *XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, organizadas por el Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, del 2 al 5 de octubre de 2013.

(2) *Redacción*. "El desafío de los militares", Buenos Aires, abril de 1976, p. 14.

(3) De Riz, Liliana. *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*, Buenos Aires, Hyspamerica, 1986, p. 184; Di Tella, Guido. *Perón-Perón. 1973-1976*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985, pp. 212-213.

(4) Cavarozzi, Marcelo. *Autoritarismo y democracia (1955-2006)*, Buenos Aires, Ariel, 2006, p.54.

(5) Castelli, Eugenio. *Manual de periodismo*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1991, p. 193.

(6) Gambini se inició en el periodismo en 1957 en *La Vanguardia* y trabajó en *El Avisador Mercantil*, *Crítica*, *Noticias Gráficas*, *Crónica*, *Veá y Lea*, *Leoplán*, *El Economista*, *Panorama*, *Siete Días*, *Primera Plana* y *La Opinión*.

(7) Entrevista a Gambini, Hugo, Ciudad de Buenos Aires, 22 de marzo de 2011, realizada por María Paula Gago.

(8) Entrevista a Gambini, Hugo, Ciudad de Buenos Aires, 5 de febrero de 2014, realizada por Marcelo Borrelli.

(9) *Redacción*. sin título, Buenos Aires, marzo de 1973, p. 3.

(10) Entrevista a Gambini, Hugo, Ciudad de Buenos Aires, 5 de febrero de 2014, realizada por Marcelo Borrelli. El Instituto Verificador de Circulaciones no cuenta con datos de circulación de *Redacción*.

(11) Entrevista a Gambini, Hugo, Ciudad de Buenos Aires, 22 de marzo de 2011, realizada por María Paula Gago.

(12) *Redacción*. "La crisis peronista y sus entretelones", Buenos Aires, julio de 1975, p. 1.

(13) Di Tella, Guido. Op. Cit.; Restivo, Néstor y Dellatorre, Raúl. *El Rodrigazo, 30 años después. Un ajuste que cambió al país*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2005; Rougier, Marcelo y Fiszbein, Martín. *La frustración de un proyecto económico. El gobierno peronista de 1973-1976*, Buenos Aires, Manantial, 2006.

(14) La defenestración de López Rega le dará protagonismo al "peronismo histórico" que se había visto relegado en el entorno de Isabel por el ascenso de su secretario privado desde la muerte de Juan Perón en julio de 1974. De todas maneras, luego de la salida del poder de López Rega personajes residuales vinculados a su figura se mantuvieron en el gobierno influyendo sobre la presidenta (como Carlos Villone, nuevo ministro de Bienestar Social, o Julio González, secretario privado e influyente hombre de consulta de la presidenta; para su testimonio véase González, Julio. *Isabel Perón. Intimidaciones de un gobierno*, Buenos Aires, El Ateneo, 2007).

(15) *Redacción*. "La crisis interna del peronismo", Buenos Aires, julio de 1975, pp. 10-12 y 16.

(16) Gambini, Hugo. "El futuro del Justicialismo", en *Redacción*, Buenos Aires, julio de 1975, p. 5.

(17) La presidenta se había opuesto a la designación de Italo Luder como presidente provisional del Senado, lugar que estaba vacante desde abril de 1975. Por su parte, los legisladores peronistas habían bloqueado un proyecto de Ley de Acefalía de cuño lopezreguista por el cual el Ejecutivo podía ser ejercido por un ministro de gobierno, entre ellos López Rega, si el Poder Ejecutivo quedaba "acéfalo". Luego el Congreso aprobó otro proyecto que no incluía esta posibilidad (De Riz, Liliana. Op. Cit, p. 187).

(18) Gambini, Hugo. "El futuro...", Op. Cit.

(19) *Redacción*. "La situación toca fondo", Buenos Aires, agosto de 1975, p. 1.

(20) Gambini, Hugo. "La República", en *Redacción*, Buenos Aires, agosto de 1975, p. 3.

(21) *Ibid*.

-
- (22) *Redacción*. “¿Qué hacemos con la corrupción?”, Buenos Aires, octubre de 1975, p. 1.
- (23) Gambini, Hugo. “La moral de los argentinos”, en *Redacción*, Buenos Aires, octubre de 1975, p. 5.
- (24) Uno de los casos más renombrados fue el vinculado a la sociedad benéfica la Cruzada Justicialista de la Solidaridad, por el cual se indicaba que Isabel había desviado el cobro de un cheque de esa sociedad que presidía y se financiaba con fondos públicos para asuntos personales (fue destinado para saldar la deuda de la sucesión de Perón con las hermanas de Evita).
- (25) Gambini, Hugo. “La moral...”, Op. Cit.
- (26) *Redacción*. “La situación toca fondo”, Buenos Aires, agosto de 1975, p. 12. Al mes siguiente volvía sobre la figura del “vacío” a través de otra imagen más sugestiva aún. La foto que ilustraba el sumario de la edición de octubre mostraba al en ese entonces presidente interino Italo Luder rezando arrodillado y atrás un sillón amplio vacío. El epígrafe afirmaba: “*El sillón presidencial vacío: Lúder reza*” (*Redacción*. Sin título, Buenos Aires, octubre de 1975, p. 2. Como se observa, *Redacción* apelará a la ironía y el sarcasmo para referirse a Isabel y a la mayoría de sus funcionarios. A manera de ejemplo, en el Anuario de diciembre de 1975 se publicaron varias fotos con epígrafes irónicos. En uno de ellos, aparecía Luder firmando el acta de asunción de la presidencia interina cuando Isabel se había tomado una licencia y viajado a Ascochinga, provincia de Córdoba. El epígrafe señalaba: “*Luder asume interinamente: La Presidente se va a Ascochinga, ‘porque acá hay muchos problemas’*” (Alonso Piñero, Armando. “1975. El año más crítico de la historia argentina”, en *Redacción*, Buenos Aires, diciembre de 1975, p. 58).
- (27) Gambini, Hugo. “La señora presidente”, en *Redacción*, Buenos Aires, septiembre de 1975, p. 3.
- (28) Gambini enumeraba: la homologación de los convenios laborales en la crisis de julio luego del “Rodrigazo”, que ella misma había anunciado que se iban a anular; el nombramiento del presidente del Senado, un cargo que había decidido no cubrir; los ministros a los que había confirmado en sus cargos y al poco tiempo los tuvo que despedir, y la designación del general Jorge Videla como jefe del Ejército para resolver la crisis militar “Damasco-Laplane” de fines de agosto de 1975 luego que había ratificado al entonces jefe del Ejército Alberto Numa Laplane (la designación de Vicente Damasco -un coronel en actividad- como ministro del Interior a mediados de agosto había sido rechazada por los altos mandos del Ejército. Los comandantes presentaron un “planteo” a la presidenta y luego a Numa Laplane, presionándolo para que Damasco no formara parte del gobierno porque su inclusión podía entenderse como un apoyo institucional del arma al gobierno nacional).
- (29) El misterio y el rumor que envolvían al gobierno, sumado a la ciclotimia y al endeble carácter presidencial, daban lugar a diversas especulaciones sobre el futuro del país. A la del juicio político mencionada por Gambini se sumaban la renuncia presidencial (que era negada rotundamente por Isabel), la declaración de insania presidencial, el golpe de Estado o la modificación de la ley de Acefalía para permitir que un oficial superior de las Fuerzas Armadas ejerciera la presidencia. Otra versión indicaba una salida similar al caso uruguayo, donde el presidente José María Bordaberry había decretado en 1973 la disolución del Congreso, que fue reemplazado por un Consejo de Estado, ilegalizó a los partidos políticos y suprimió las libertades civiles, mientras permaneció en el ejercicio de la presidencia hasta 1976, periodo durante el cual las Fuerzas Armadas fueron incorporando hombres al gobierno y manejaron el poder real de la administración (Kandel, Pablo y Monteverde, Mario. *Entorno y caída*, Buenos Aires, Planeta, 1976, pp. 110-111).
- (30) *Redacción*. “El gran escándalo. Anuario 1975. El fracaso peronista”, Buenos Aires, diciembre de 1975, p. 1.
- (31) Gambini, Hugo. “El fracaso peronista”, en *Redacción*, Buenos Aires, diciembre de 1975, p. 7.
- (32) *Ibid*.
- (33) Que diagnostica resultados de tipo social y político utilizando el método de interpretación causal determinista (Castelli, Eugenio. Op. Cit, pp. 195-196; en función del esquema de Rivadaneira Prada).
- (34) Korembliit, Jorge. “La política”, en *Redacción*, Buenos Aires, diciembre de 1975, p. 15.
- (35) *Ibid*. Véase también en un sentido similar la nota de Pandolfi, Rodolfo. “La oposición”, Buenos Aires, en *Redacción*, diciembre de 1975, p. 34.

-
- (36) *Redacción*. “La psicosis del golpe y sus protagonistas”, Buenos Aires, septiembre de 1975, p. 1.
- (37) *Redacción*. “La psicosis del golpe”, Buenos Aires, septiembre de 1975, p. 16.
- (38) *Redacción*. “¿Qué hacemos con la corrupción?”, Buenos Aires, octubre de 1975, p. 12.
- (39) *Redacción*. “El final de la crisis”, Buenos Aires, noviembre de 1975, p. 16.
- (40) *Ibid.*
- (41) Por su parte, el 24 de diciembre Videla realizó desde Tucumán una arenga frente a las tropas del Ejército que luchaban contra el ERP, que fue entendido como un último emplazamiento del Ejército al gobierno de Isabel para que rectificara su rumbo. Luego los servicios de inteligencia dejaron trascender que desde ese momento las Fuerzas Armadas habían abierto un plazo de 90 días finalizado el cual, si no se producían los cambios reclamados, habría un golpe (Dearriba, Alberto. *El Golpe. Crónica del último asalto militar al poder*, Buenos Aires, Altamira, 2006, p. 162).
- (42) *Redacción*. “Los duros presagios para 1976”, Buenos Aires, enero de 1976, p. 13.
- (43) *Ibid.*, p. 16.
- (44) Gambini, Hugo. “El golpe de Estado”, en *Redacción*, Buenos Aires, febrero de 1976, p. 5.
- (45) *Redacción*. “Qué harán ahora los militares”, Buenos Aires, marzo de 1976, p. 1.
- (46) Los editoriales del diario *La Nación* en marzo de 1976 se destacaron también por la construcción del, en este caso, “gran cambio” (Díaz, César Luis, Giménez, Mario y Passaro, María Marta. “La Nación y la construcción del ‘gran cambio’. Los editoriales de marzo de 1976”, en Díaz César Luis. *La cuenta regresiva: la construcción periodística del golpe de Estado de 1976*, Buenos Aires, La Crujía, pp. 95-113).
- (47) Gambini, Hugo. “La democracia”, en *Redacción*, Buenos Aires, marzo de 1976, p. 7.
- (48) Que exhorta al cumplimiento de reglas, advierte peligros, llama al orden y a la concordia (Castelli, Eugenio. Op. Cit, pp. 195-196; en función del esquema de Rivadaneira Prada).
- (49) Gambini, Hugo. “La democracia”...Op. Cit.
- (50) Fe democrática debilitada por la experiencia fraudulenta de la década del '30, las dictaduras militares de 1955-1958 y 1966-1973, la proscripción del peronismo -que en la “Revolución Argentina” alcanzó a todos los partidos políticos-, y la ausencia de un republicanismo “fuerte” en los periodos democráticos por el ilimitado ejercicio de la autoridad presidencial y la descalificación de las normas jurídicas republicanas. En este marco, además, los conflictos sociales tendían a tramitarse en espacios donde prevalecía el peso de las corporaciones (Cavarozzi, Marcelo. Op. Cit; Ollier, María Matilde. *Golpe o Revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966-1973*, Caseros, Eduntref; Romero, Luis Alberto. *Sociedad democrática y política democrática en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes).
- (51) *Redacción*. “Qué harán ahora los militares”, Buenos Aires, marzo de 1976, pp. 14-17.
- (52) La idea de un golpe “inevitable” se halla también en la editorialización del diario *Clarín* (Borrelli, Marcelo. “Escribiendo el epitafio: el diario *Clarín* en la antesala del golpe de Estado de 1976”, *Hologramática*, Lomas de Zamora, Universidad Nacional de Lomas de Zamora, 2010, pp. 3-23; Díaz, César Luis y Passaro, María Marta. “Los mensajes del silencio. El Día, Clarín y el golpe de Estado de 1976”, en Díaz César Luis. *La cuenta regresiva: la construcción periodística del golpe de Estado de 1976*, Buenos Aires, La Crujía, 2002, pp. 169-188).
- (53) *Redacción*, “El desafío de los militares”, Buenos Aires, abril de 1976, p. 1.
- (54) Gambini, Hugo. “La verdadera reconstrucción”, en *Redacción*, Buenos Aires, abril de 1976, p. 5.
- (55) *Redacción*. “El desafío de los militares”, Buenos Aires, abril de 1976, pp. 14-15.

Recibido: agosto de 2014.

Aprobado: octubre de 2014.

Para citar este trabajo

Borrelli, M. y Saborido, J.. “Se acabó la pesadilla”: la revista Redacción y el golpe de Estado de 1976” en Cuadernos de H Ideas [En línea], vol. 8, nº 8, diciembre 2014, consultado...; URL: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/cps/article/view/2344>